

tillas de olor, ó bolas huecas de madera ó metal con esponjas dentro empapadas en vinagre medicinal, las cuales aplicaban de cuando en cuando á las narices. Otros llevaban al cuello un pomito con un poco de azogue que renovaban de tiempo en tiempo, persuadidos de que este metal tenía la virtud de absorber y retener todo efluvio pestilencial. Los caballeros mismos no sólo andaban por las calles sin su acostumbrado acompañamiento, sino que se les veía con su esportillo en el brazo ir comprando las cosas necesarias al sustento de la vida. Cuando dos amigos se encontraban en la calle, se saludaban de lejos por señas y de prisa. Tenían todos mucho que hacer para no tropezar en los asquerosos y mortíferos objetos de que estaba sembrado á veces enteramente el suelo. Cada uno procuraba ir por medio de la calle, temiendo siempre algun tropiezo, ó que cayese de las ventanas algun cadáver, ú otro peso funesto, como igualmente los polvos venenosos que, segun decían, á veces se habían dejado caer de allí sobre los pasajeros, ó recelando que las paredes pudiesen estar untadas. De esta manera la ignorancia cautelosa fuera de tiempo añadía ahora angustias á angustias, é infundía falsos temores en lugar de los racionales y saludables que desechó al principio.

Esto era lo ménos espantoso y ménos lastimero que cercaba á los sanos y á los que tenían alguna conveniencia.

Nosotros, despues de tantas imágenes de miseria, y pensando en otra aún más grave que tenemos que recorrer, no nos detendremos en describir el cuadro que presentaban los apestados que andaban arrastrando por las calles ó yacían en ellas, como eran los mendigos, los niños y las mujeres. Este cuadro era tal, que el que lo miraba podía considerar como una especie de doloroso consuelo lo que á los distantes y á nosotros se nos presenta á primera vista como el colmo de los males, esto es, el ver á qué corto número se redujeron los vivos.

Por entre esta desolacion habia ya andado Lorenzo una gran parte de su camino, cuando á pocos pasos de una

calle por donde debia torcer, oyó un confuso bullicio en el cual sobresalía aquel acostumbrado horrible campanileo.

Á la entrada de la calle, que era de las más espaciosas, vió en el medio de ella cuatro carros parados, y la misma baraunda que se advierte en un mercado de granos, de ir y venir gente, de llevar y cargar sacos : tal era la bulla en aquel punto. Los sepultureros que se metían en las casas, sepultureros que salían con una carga en el hombro que echaban sobre uno ú otro carro; algunos con traje encarnado; otros sin este distintivo, y muchos con otro más odioso de plumas y cintas de varios colores, que aquellos hombres soeces llevaban á modo de demostracion festiva en tanto luto. Salía de cuando en cuando de alguna ventana la voz lúgubre de : « Aquí, monato; y con voz todavía más siniestra, salía de aquel funesto enjambre la contestacion de « ahora, ahora; » ó en su lugar eran quejas de vecinos para que se apresurasen, á las cuales respondían los sepultureros con votos y blasfemias.

Entrando Lorenzo en la calle, aceleraba el paso, procurando no mirar aquellos estorbos, sino en cuanto era necesario para no dar en ellos, cuando su vista vagarosa tropezó en un objeto de una compasion que excitaba á contemplarle ; por lo cual se paró casi contra su voluntad. Bajaba del umbral de una de aquellas puertas y se dirigía á los carros una mujer, cuyo rostro, al paso que anunciaba juventud, ofrecía rastros de una hermosura no destruida, pero alterada por los rigores de una profunda afliccion y una mortal languidez, de aquella hermosura suave, pero majestuosa, que brilla en el suelo de la Lombardía. Caminaba con fatiga, mas no con abandono : lágrimas no salían de sus ojos ; pero en ellos se veían las señales de haberlas derramado sin consuelo. Notábase en su dolor un no sé qué de sublime y de profundo, que indicaba un alma capaz de arrostrarle. Pero no era sólo su aspecto lo que en tanta suma de males excitaba tan particularmente la conmiseracion y reanimaba en su favor este sentimiento ya casi embotado en los torrazones. Tenía en los brazos una niña



de unos nueve años de edad, muerta, pero compuesta con esmero, el cabello dividido en la frente, el traje blanco, cual si estuviera ataviada para una fiesta de largo tiempo prometida como premio.

Teníala, no tendida, sino sentada en el brazo izquierdo, arrimada á su pecho, como si estuviese viva, sino que sólo una manecita blanca como la cera colgaba de un lado sin



Se acerca un zafio sepulturero en acto de quitarle aquel peso querido.

movimiento, descansando la cabeza sobre el hombro de la madre con un abandono distinto del sueño: he dicho de la madre, pues aún cuando la semejanza de los rostros no hubiese acreditado que lo era, lo habría dado á conocer el dolor que expresaba en el suyo.

Se acerca á la mujer un zafio sepulturero en acto de quitarle de los brazos aquel peso querido, con una especie de involuntaria irresolucion y desacostumbrado respeto; pero retirándose la mujer algun tanto, sin manifestar sin embargo ni desprecio ni enfado: « No, dijo: no la toquéis ahora,

quiero colocarla en el carro yo misma: tomad: » diciendo esto, abrió la mano, enseñó un bolsillo, y lo dejó caer en la que le alargó el monato, prosiguiendo en estos términos: « Prometedme que ni una hilacha le quitaréis de lo que tiene encima, ni permitiréis que otro la toque, enterrándola así como se halla. »

Púsose el monato la mano al pecho, y luégo apresurado y casi obsequioso, no tanto por la inesperada propina, como por un sentimiento de conmiseracion para él nuevo, se esmeró en hacer un poco de lugar en un carro, donde poner á la niña difunta. Despues de dar á esta la mujer un beso en la frente, la colocó en aquel sitio como en una cama; compuso bien su ropilla, tendió sobre ella un lienzo blanco, y dijo: « ¡ Adios, Cecilia! ¡ Descansa en paz! Tambien nosotros iremos esta noche para no separarnos nunca. Ruega, en tanto, por nosotros, que yo rogaré por ti y por los demas; » y vuelta luégo al sepulturero, añadió: « Cuando esta tarde volváis á pasar por aquí, subiréis por mí, y no por mí sola. »

Dicho esto, se metió en su casa, y casi al momento se presentó en el balcon teniendo en sus brazos otra niña más tierna, y que aunque viva, mostraba en el rostro todas las señales de la muerte. Allí se mantuvo contemplando las deplorables exequias de la mayor, hasta que echando á andar el carro, la perdió de vista y se retiró luégo. En aquel estado, ¿ qué le quedaria ya que hacer á la infeliz, sino colocar en la cama la única hija que le quedaba, echarse con ella, y morir á su lado, como la flor abierta cae con su boton al pasar la guadaña que iguala todas las hierbas del valle?

— ¡ Señor, — exclamó Lorenzo, — escuchad su súplica! ¡ llevadla á vuestro seno con esa criatura! ¡ Harto han sufrido!

Recobrado de aquella conmocion, y miéntras discurría para traer á la memoria su itinerario, y saber si debía tomar la primera calle que encontrase, ó si torceria á la derecha ó á la izquierda, oye otro estrépito distinto que venía de aquel lado, formándole un conjunto confuso de voces im-



periosas, de débiles lamentos, largos gemidos, femeniles sollozos y chillidos de niños.

Siguió caminando con el corazón oprimido, y siempre temeroso, y al llegar á la encrucijada, viendo venir por un lado una turba confusa que se acercaba, se paró hasta que pasase. Era una multitud de enfermos conducidos al Lazareto; algunos echados á la fuerza se resistían, é inútilmente gritaban que querían morir en su propia cama, respondiendo con imprecaciones á los votos y blasfemias de los sepultureros que los conducían. Otros caminaban sin hablar ni dar muestras de dolor, como insensatos. Mujeres con sus niños en brazos, y niños que, más espantados al oír aquellas voces y al ver aquella comitiva, que de la idea confusa de la muerte, llamaban á sus madres, pedían sus brazos y volver á sus casas. ¡Ay desgraciados! Quizá la madre que creían haber dejado en la cama durmiendo, se había echado en ella acometida por el mal y sin sentido, para ser trasladada al Lazareto ó al hoyo, si el carro llegaba tarde. Quizá la madre (desgracia más digna de lágrimas) ocupada sólo en sus padecimientos, todo lo tenía olvidado, y hasta sus hijos, sin otro pensamiento más que el de morir tranquila. Sin embargo, en tanta confusión se veía aún algún ejemplo de constancia y piedad. Padres, hermanos, hijos, esposas, que sostenían á tan amados objetos, acompañándolos con palabras de cariño y consuelo: no adultos solos, sino niños y niñas que guiaban á sus hermanitos más tiernos, y con juicio y compasión varonil los animaban á ser obedientes, asegurándoles que los conducían adonde habría quien cuidase de ellos y los curase.

En tanta desolación, y á vista de tantos objetos de lástima y ternura, ocupaba con más fuerza y tenía suspenso el ánimo de Lorenzo un cuidado de muy distinta naturaleza. La casa debía estar muy inmediata, y ¿quién sabe si entre aquella muchedumbre?... Pasada por fin toda, y disipada la duda, se volvió Lorenzo á un monato que venía detrás, y le preguntó por la calle y la casa de D. Ferrante.

« ¡Vaya en hora mala el payo! » fué la respuesta. No pensó sin embargo en replicar; pero viendo á dos pasos á un comisario que cerraba la comitiva, y tenía la cara algo más de cristiano, le hizo la misma pregunta. Indicándole el comisario con el bastón la parte de donde venía, le dijo: « La primera calle á la derecha, y la última casa grande á la izquierda. »

Con nueva y más fuerte agitación se dirige Lorenzo á aquel punto, y llegado á la calle, descubre desde luego la casa entre otras más humildes y de mezquino aspecto. Llega, se acerca á la puerta, que ve cerrada, y echa mano á la aldaba sin atreverse á moverla, como lo haría en una urna ántes de sacar la cédula de que dependiese su vida ó su muerte. Resuélvese por fin, y da un fuerte aldabazo.

Al cabo de un corto intervalo, se abre un poco una ventana, y se asoma una mujer mirando á la puerta con un ceño que, al parecer, quería decir: ¿Enterradores? ¿Sayones? ¿Comisarios? ¡*Untadores!* ¡Demonios!

— Señora, — dijo Lorenzo mirando arriba y con voz tremula: — ¿está aquí sirviendo una muchacha forastera, que se llama Lucía?

— Ya no está, — respondió la mujer en acto de cerrar la ventana.

— Señora, ¡un momento por caridad! ¿Conque no está? ¿y dónde ha ido?

— Al Lazareto.

Y de nuevo iba la mujer á cerrar.

— Señora, ¡un instante por amor de Dios! ¿Con la peste?

— Ya, ¡miren qué novedad! ¡Eh! ¡vaya usted con Dios!

— Óigame usted un momento. ¿Estaba muy mala? ¿Hace mucho?

En esto cerró de véras la ventana.

— ¡Señora! ¡señora! ¡Una palabra en caridad! ¡Por el alma de sus difuntos!...

Pero todo era hablar á la pared.

No ménos afligido Lorenzo por el anuncio, que indignado



por el modo, agarró de nuevo la aldaba levantándola para llamar otra vez desesperadamente, y luego quedaba suspenso. Con semejante agitacion se volvía á ver si parecía alguno de la vecindad de quien pudiese tomar más informes, y adquirir mejores noticias; pero la primera y única persona que se le presentó fué otra mujer á la distancia de unos veinte pasos, la cual con cara que expresaba terror, odio, impaciencia y malicia, con ojos torcidos, como para mirar á dos partes, con la boca abierta, como para dar voces, sin atreverse á echar el aliento, y con levantar sus brazos descarnados, alargar y retirar sus manos arrugadas, y los dedos encorvados, como si quisiese atraer hácia sí alguna cosa, manifestaba querer llamar gente. Al encontrar su vista con la de Lorenzo, se puso más horrenda, estremeciéndose como persona cogida infraganti.

— ¿Qué diablos?... — dijo Lorenzo levantando también la mano hácia la mujer.

Pero esta, perdida la esperanza de que la prendiesen al descuido, dejó libre la voz, comprimida hasta entonces, gritando desaforadamente :

— ¡Un untador! ¡Un untador! ¡Á él, á él! ¡Un untador!

— ¿Quién? ¿Yo? ¡Ah, bruja embustera! Calla, — gritó Lorenzo, y dió un brinco hácia ella para intimidarla y hacerla callar.

Pero en aquel instante se acordó que más cuenta le tenía pensar en sus cosas. Á los chillidos de la mujer empezó á acudir gente de las dos partes, no tanta como en igual caso hubiera acudido en otro tiempo, pero sobrada para acogotar á un hombre. Abrióse en el mismo instante la ventana, y aquella misma mujer, poco ántes tan desatenta, se asomó ahora del todo gritando también ella :

— ¡Á él! ¡Á él! cogedle, que sin duda es uno de los bribones que van *untando* las puertas de las gentes honradas.

Decidió Lorenzo en un soplo que sería más acertado zafarse de aquella gente, que pensar en justificaciones; de consiguiente echó una mirada á una y otra parte para ver dónde

había ménos pueblo, y por allí picó de soleta. De un empujón apartó á uno que le impedía el paso; de un puñetazo en el pecho echó á rodar á otro que venía contra él, y de esta manera siguió galopando con el puño en el aire y bien apretado, para recibir á cualquiera que hubiese venido á metérselo entre los piés... Más adelante ya el camino estaba desembarazado; pero detras sonaban más fuertes y más repetidos los desagradables gritos : « ¡Un untador! ¡Á él!! Á él! » sintiendo Lorenzo al mismo tiempo acercarse las pisadas de los que más ligeros le perseguían. Con esto se convirtió la ira en rabia, y la angustia en desesperacion : púsosele una venda delante de los ojos, echó mano de su gran cuchillo, le desenvainó, paróse, tomó una postura de valentón, volvió la cara más ceñuda y más fiera que nunca y con el brazo tieso, blandiendo en el aire el reluciente acero, gritó con voz ronca, diciendo :

— El que sea guapo, que se acerque, ¡canalla! que yo le untaré de véras con este hisopo.

Pero vió con admiracion, y no sin placer, que ya sus perseguidores se habían parado á cierta distancia, y que gritando todavía, hacían con las manos levantadas señas á gente ajena detras de él. Volvióse y vió delante de sí, y no muy distante, lo que la turbacion no le había permitido ver un momento ántes, á saber, un carro que venía hácia él, ó por mejor decir, una hilera de aquellos carros fúnebres bien conocidos con su acostumbrada comitiva, y más allá otro grupo de gente, que también deseaba echarse encima del untador y cogerle en medio, en cuanto dejase de impedirselo el mismo estorbo. Viéndose de esta manera entre la espada y la pared, le ocurrió que lo que para aquella gente era un objeto de terror, pudiera ser para él un medio de salvamento : pensó que no era tiempo de andarse en delicadezas; envainó su cuchillo, se retiró á un lado, tomó carrera hácia los carros, pasó el primero, advirtió en el segundo un buen espacio desocupado, midió el tiempo, pegó un brinco, y se quedó arriba plantado sobre el pié derecho, el izquierdo en el aire, y los brazos en alto



— ¡Bravo! ¡bravísimo! exclamaron á una voz los sepultureros, de los cuales unos seguían á pié el convoy, otros iban en los carros, y otros (¡cosa horrible!) sentados sobre los mismos cadáveres, chiflaban con un gran frasco que daba la vuelta á la redonda. — ¡Hermoso salto!

— ¿Has venido á guarecerte bajo la protección de los monatos? — le dijo uno de los que iban en el carro. — Cuenta que estás tan seguro como en la iglesia.

Al acercarse el tren, la mayor parte de los enemigos volvió las espaldas, y se marchaban sin dejar no obstante de gritar: « ¡Al untador! ¡cogerle! » Algunos, sin embargo, se retiraban con más lentitud, y de cuando en cuando se detenían apretando los dientes y amenazando con gestos á Lorenzo, el cual por su parte contestaba meneando los puños en el aire.

— Déjame á mí, verás ahora, — le dijo uno de los enteradores.

Y arrancando de encima de un cadáver un pedazo de trapo asqueroso, le hizo un nudo aprisa en una de las puntas, y agarrándole por la otra á manera de honda, aparentó quererle arrojar contra aquellos obstinados, diciendo á gritos:

— ¡Aguarda, canalla, aguarda!

Horrorizados con esta amenaza, dieron todos la vuelta corriendo á punto el postre, de modo que Lorenzo no vió ya menearse sino talones y pantorrillas.

Celebraron los monatos con algazara y risotadas el triunfo, y acompañaron con voces de escarnio á los fugitivos.

— Ya ves tú, — dijo á Lorenzo el mismo sepulturero, — cómo nosotros sabemos defender á los hombres honrados. Uno de nosotros vale por ciento de esos cobardes.

— Cierto, te puedo decir que os debo la vida, y os doy las gracias.

— Nada, amigo, — replicó el sepulturero: — tú lo mereces, se ve que eres un guapo mozo. Haces bien en untar á esa canalla: úntalos bien, y acaba con ellos; que nada valen

sino cuando están muertos: en premio de la vida que hacemos, nos maldicen á todas horas, y están diciendo que acabada la peste, nos han de ahorcar á todos. Han de morir ellos ántes que la mortandad, y los sepultureros han de quedarse solos para cantar la victoria, y pasar buena vida en Milan.

— ¡Viva la mortandad, y muera la canalla! exclamó el otro.

Con este hermoso brindis, se echó á la boca el frasco, y teniéndolo con las dos manos, entre los traqueos del carro, se humedeció bien el gaznate; se le ofreció luego á Lorenzo, diciendo:

— Toma, bebe á nuestra salud.

— Os la deseo de corazón, — dijo Lorenzo; — pero muchas gracias: no tengo ganas de beber en este momento.

— ¡Bravo miedo has tenido, según parece! — dijo el monato. — Se me figura que eres un poco hombre: es menester otro desparpajo para ser *untador*.

— Cada uno se ingenia como puede, — dijo el otro sepulturero.

— Dámelo aquí á mí, — dijo uno de los que iban á pié al costado del carro, — que quiero echar otro trago á la salud de su dueño, que se halla aquí en esta hermosa compañía: allí, allí me parece que va, en ese otro hermoso coche.

Y con una atroz y maligna sonrisa señalaba el carro que iba delante de aquel en que estaba el triste Lorenzo. Acomodando luego el rostro á un acto de seriedad todavía más grotesco, bajó la cabeza hácia aquella parte, y dijo:

— Permita vuestra señoría que un pobre sepulturero disfrute algo de su bodega. Ya ve vuestra señoría la vida que hacemos: nosotros somos los que le hemos colocado en ese suntuoso coche para llevarle á que se pasee un poco: luego á los señores les hace daño el vino, pero nosotros tenemos buen estómago.

Y entre las carcajadas de los compañeros, agarró el frasco, le levantó; pero ántes de beber se volvió á Lorenzo, con tono de compasión envuelto en desprecio, le dijo:



— Sin duda el diablo con quien has hecho pacto debe ser bien jóven, porque á no haber sido por nosotros, hoy te la habias hallado.

Y entre risotadas y burlas se echó el frasco á pechos.

— ¿ Y á nosotros ? ¡ Ea ? ¿ á nosotros ? — dijeron gritando los del carro que iba delante.

Así que el pícaro bebió cuanto quiso, dió con las dos manos el frasco á los demas compañeros, los cuales lo pasaron de unos á otros, hasta que llegó á uno que despues de apurarle, lo agarró del cuello, y dándole un par de vueltas, le tiró á que se estrellase sobre las losas, gritando :

— ¡ Viva la mortandad !

Despues de estas palabras entonó una cancion de las suyas, y al momento acompañaron su voz todos los demas de aquel torpe coro. Resonaban en la silenciosa soledad de las calles la infernal cantinela, el sonido de las campanillas, el chillar de los carros, y las ruidosas pisadas de hombres y caballos, y retumbando en el interior de las casas, angustiaban el corazon de sus habitantes.

¿ Qué cosa habrá que en ciertas ocasiones no pueda servir de algo ? El apuro de un momento hizo para Lorenzo más que tolerable la compañía de apuellos muertos y de aquellos vivos, y era música casi agradable á sus oídos la que le evitaba el embarazo de conversar con gente tan abominable. davjoTa, entre azorado y revuelto, daba gracias á la P-vior dencia por haberle sacado de aquel conflicto sin haber recibido ni haber hecho daño alguno, y le pedia que le ayudase ahora á librarse de sus mismos libertadores. Por su parte, estaba en acecho, ya volviendo la vista hácia aquellos desalmados, ya mirando la calle para encontrar la ocasion de escurrirse á la sordina sin darles márgen á meter bulla, ó armar algun escándalo que diese en qué sospechar á los que pasasen.

Cuando hé aquí que al volver de una esquina, le pareció conocer el paraje en que se hallaba, y examinándole con más atencion, le reconoció por más de una seña. Era justamente

el coso de Puerta Oriental, el mismo por donde unos veinte meses ántes habia entrado muy despacio, y habia salido luégo más que de prisa. Acordóse al momento que por allí iba en derechura al Lazareto, y el hallarse casualmente en el camino que buscaba, sin haber practicado diligencia alguna por su parte, lo tuvo por un beneficio especial de la Providencia, y un presagio feliz para lo restante.

En esto venía hácia los carros un comisario dando voces á los sepultureros para que parasen, y no sé para qué otra cosa. Lo cierto es que hicieron alto, y la música se convirtió en una confusa algazara. Ya uno de los monatos se habia bajado del carro en que estaba Lorenzo, y este diciendo al otro : « Os doy gracias por vuestra caridad, Dios os lo pague, » se deslizó por el otro lado.

— Anda, anda, pobre untadorcillo, — contestó aquél ; — no seras tú el que despuebles á Milan.

Por fortuna, nadie habia que pudiese oirlo. Como el convoy se habia parado en la acera izquierda del coso, tomó Lorenzo la derecha, y cosiéndose á la pared, siguió trotando hácia el puente ; pasóle, siguió la calle del Borgo, conoció el convento de los Capuchinos : cerca de la puerta vió sobresalir el ángulo del Lazareto, y al salir por el postigo se presentó á su vista la escena exterior de aquel recinto que, siendo ántes un pequeño indicio del paraje, se habia trasformado ya en un cuadro inmenso, variado é imponderable.

Por toda la extension de los dos costados que se descubren mirando desde aquel punto, todo era un enjambre, un flujo y reflujo, un continuo tropel. Enfermos que á bandadas eran conducidos al Lazareto ; muchos estaban sentados ó tendidos en las dos orillas del foso que corre por ambos lados del camino, unos por faltarles las fuerzas para entrar en el recinto, y otros por haber salido desesperados, y no haber tenido aliento para pasar más adelante. Otros enfermos vagaban á la desbandada como estólidos, y no pocos enteramente faltos de razon. Quién enfervorizado estaba contando sus cuitas á otro, que oprimido por el mal, apenas le escuchaba ; quien